

La vida no es útil.

AILTON KRENAK

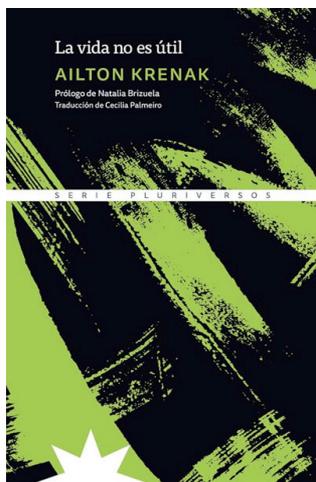
Prólogo de Natalia Brizuela.

Traducción de Cecilia Palmeiro.

1ª edición. Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Eterna Cadencia, 2023.

Libro digital EPUB. 74 páginas.



En esta era sometida a las quimeras de una modernidad consumista y construida sobre los cimientos erosionados del “progreso” occidental, del antropocentrismo autocomplaciente y de un tejido capitalista necrosado, ¿es posible abrirnos hacia un nuevo sentido vital de relacionalidad cósmica, sustentado sobre una lógica constelativa, decolonial y cooperativa con el planeta? Esta pregunta marca el desafío crucial en el que se encuentran nuestras sociedades, donde parece esencial –hoy más que nunca– revelar la falsedad que esconden los artificios parasitarios de nuestra vida.

La vida no es útil, escrita por el filósofo e indígena brasileño Ailton Krenak (1953), es una obra marcada por esta cuestión, y pretende responder a este desafío no solo por medio de la crítica teórica y la reformulación de conceptos capitales en nuestro modo de entender el mundo, sino a través de una propuesta apasionada y política que conecta de una forma brillante el tiempo histórico en el que nos encontramos con nuevas formas de praxis humana. Para ello, Krenak articula un pensamiento renovador que parte desde visio-

nes ecologistas e indígenas para renegociar nuestras formas de ser, sentir y actuar en la contemporaneidad, desplazándonos hacia espacios y tiempos donde involucrarnos y co-existir no solo económica y políticamente, sino existencialmente con el Todo.

Conforme al espíritu de las reflexiones de Krenak, la arquitectura de la obra está estructurada en una serie de ensayos recogidos a partir de conferencias, entrevistas y artículos del propio autor que tuvieron lugar en los primeros compases de la pandemia de covid-19. La obra reviste de un marcado sentido poético que consigue desencajar las asociaciones rutinarias del pensamiento para superar las limitaciones de la mentalidad fijista y autodestructiva que marcan nuestra existencia. Frente a otras posturas apocalípticas, Krenak (p. 40), siguiendo la influencia de ciertas creencias indígenas sobre la conexión de los ciclos humanos y de la Tierra, hace una lectura esperanzadora incidiendo en que mediante la escucha, la cooperación y la ensoñación de la Tierra podremos generar otras formas de afecto y sentir nuestros cuerpos en conexión y recogimiento con el mundo (2023; 37-41).

En esta línea de reminiscencia afectiva y sentimental, Krenak despliega sus reflexiones en un contexto pandémico que el propio autor interpreta como un recordatorio de nuestra esencia carencial y nuestra fragilidad humana. Krenak (p. 62) señala que la covid-19 nos permitió ver cómo no podemos volver a la normalidad, ya que eso significaría no haber aprendido nada y seguir pretendiendo que el crecimiento artificial y la regeneración natural serán perpetuas. La covid-19 hizo con la humanidad lo que esta a su vez hizo con el planeta: masacrarlo; en tanto organismo del planeta, nos recordó nuestra fugacidad, lo que posibilitó abrir nuestro ser para la escucha y la reflexión.

Esta praxis de la escucha será un elemento central en el pensamiento del autor en tanto mecanismo para la toma de consciencia y como medio para establecer una ética de la Tierra que tenga en cuenta no solo la biosfera, sino esa totalidad de mundos colindantes que llamamos “universo” y que algunos perversos millonarios califican como objetivo futuro de conquista colonial (p. 51), como ya hiciese el hombre blanco con los márgenes no-humanos del planeta.

Para dejar atrás esa disociación enferma humanidad-mundo, Krenak parte de la redefinición de nuestras escuetas nociones de vida y humanidad para así plantear unas claves hermenéuticas desde las que re-imaginar nuestro planeta, *releer su cuerpo*, y señalar nuestra co-dependencia y cooperación para/con la biosfera, para/con ese super-organismo vivo al que James Lovelock denominó Gaia, entendida no como una entidad supraterrrenal, sino natural (p. 46), como el núcleo mismo de la generación y regulación de la vida y de la existencia.

Como vemos, la posición de Krenak está atravesada por muchas influencias, tanto científicas como espirituales, y el hilo conductor que atraviesa la obra,

desde sus inicios hasta su final, será una tentativa de remarcar la importancia de la reciprocidad cósmica que rige y debe imperar sobre los procesos de la vida (p. 6).

En la primera parte de la obra, Krenak (p. 26) expone que nos encontramos como colectividad en una especie de *loop*, embelesados por aquellos artificios de la modernidad (como el dinero o los supermercados) que nos desarraigan de la Tierra, de nuestra interacción con ella y de nosotros mismos. Para tejer nuevos nexos epistemológicos y pragmáticos de cooperación, Krenak pretende hacer de la visión indígena un marco de comprensión inteligible. Siguiendo esta estela indígena, que marca su desarrollo intelectual de los últimos treinta años, en el segundo ensayo de la obra (“Sueños para postergar el fin del mundo”) el filósofo brasileño nos invita a repensar la categoría de vida mediada a través de la figura del sueño como espacio de posibilidad y disrupción en el mundo, alejándonos de dicotomías estériles y paralizadoras como las de sujeto-objeto o sueño-vigilia, que solo nos hacen cosificar el mundo y anclarnos en una postura decaída y apática sobre nuestras posibilidades de futuro y transformación.

Mediante la categoría trascendental de *vida*, la obra de Krenak pretende cartografiar nuevas coordenadas cósmicas desde las que abrir nuestra imagen de la humanidad hasta que forme parte de las entrañas mismas del mundo. Como vemos, la *vida* para Krenak está atravesada no solo por una noción orgánica de la naturaleza, sino por un sentido conectivo en el que la humanidad deja de entenderse en términos restrictivos y comienza a albergar la alteridad en ella incluyendo la sub-humanidad y la in-humanidad (todo aquello que ha sido marginado y sometido) hasta integrarlo en el núcleo de esta nueva jerarquía ontológica-relacional, en la cual no hablamos de comunidades meramente humanas, sino de colectivos no excluyentes que se mueven en “constelación” (p. 23-37). Krenak nos da con esta sentencia de orden cósmico una clave de lectura y de vida esencial: somos la piel de la Tierra, nuestro cuerpo es *su* cuerpo. Esta interpretación de la *vida*, en la que la humanidad se inserta en el Todo, permite una nueva dimensión en la que, frente a la consumición egoísta de mundos, soñamos mundos compartidos (p. 51).

Esta visión relacional y recíproca es clave porque plantea una filosofía emotiva en la que la “afectación” cobra un papel crucial no solo en la transmisión de sentimientos y afectos, en esa difusión de experiencias compartidas mediante la corporalidad unificada con Gaia y la ensoñación como una actividad de carácter íntimo (p. 33-37), sino que nos abre a nuevas perspectivas que expanden nuestra mirada más allá de nuestra visión utilitaria del mundo, bajo la cual nuestras actividades maquínicas y nuestro desentendimiento moral hacia la biosfera y la biodiversidad han desencadenado el caos climático y la depredación del mundo.

Esta invitación de *La vida no es útil* hacia un sentido de pertenencia con el Todo, con esa ancestralidad que conecta no solo con el presente y el futuro, sino con nuestros antepasados, posibilitando estrategias colectivas de horizontes comunes y cooperativos, recuerda al pensamiento largoplacista desarrollado por el filósofo Roman Krznaric en *El buen antepasado*. En ambos libros se discierne una clara línea existencial común de herencia vital, donde cada ser es un punto conectivo del tejido vital del planeta y, en el caso de Krenak, también un vértice de fruición, de respeto y goce hacia el cosmos (p. 71). La filosofía vitalista y la ética cósmica que nos propone Krenak recuerdan al lector que el cambio es una cuestión colectiva, no individual, y que nuestro bienestar depende del bienestar del medioambiente, de su libertad regenerativa y de nuestra cooperación para que la vida logre moverse a través de nosotros.

Con la pandemia el planeta no entró en crisis, sino la humanidad; se derrumbó nuestra ficticia economía, nuestro capitalismo metastasiado y nuestra fantasmagórica separación con lo natural, pero el mundo siguió allí (p. 58-59). Los planteamientos de Ailton Krenak ponen sobre la mesa esta cuestión última: el todo está por encima de sus partes. El planeta sobrevivirá sin nosotros, pero nosotros sin el todo que habitamos jamás, por lo que no podemos seguir postergando nuestras responsabilidades. Sin la cooperación con aquellas personas a las que Occidente negó su humanidad y sin la acción recíproca con Gaia, la única condenada será nuestra especie.

En última instancia, la obra de Ailton Krenak nos insta a desarrollar una mentalidad y una praxis que se basen en vínculos reales que, lejos de suponer supercherías místicas y pensamientos mágicos (como el del capitalismo neoliberal), reivindica la recuperación de ese pensamiento indígena del pueblo Krenak, en el que las (re) conexiones existenciales con todo lo que nos rodea (suelos, ríos, piedras, plantas), o lo que Bruno Latour entendía como preposiciones sobre las que reflexionar para habitar la Tierra (el “entre”, el “hacia”, el “para”), componen el eje pivotal en torno al cual la existencia humana se orienta, gira y organiza y, potencialmente, como pretende la propuesta espiritual y material de Ailton Krenak, se puede reorientar y reorganizar hacia un presente y un futuro habitables.

Santiago Arias, Celia Gómez, Inés Rosa,
Alberto Sepúlveda y Blanca Zafra